

El futuro de la política exterior estadounidense: escenarios posibles en la era post-Obama

The future of the american foreign policy: possible scenarios in a United States post-Obama

TOMÁS LISTRANI BLANCO*

CAROLINA ZACCATO**

*Licenciado en Estudios Internacionales, Universidad Torcuato di Tella. Correo electrónico:

tlistrani@gmail.com

**Licenciada en Relaciones Internacionales, Universidad de San Andrés. Correo electrónico: czaccato@gmail.com

Resumen

En noviembre de 2016 Estados Unidos elige a su presidente número cuarenta y cinco. Con la nueva administración, se espera que la política exterior de Washington adquiera una nueva impronta. En este artículo, revisaremos el legado de la presidencia de Barack Obama, haciendo especial hincapié en su política externa. Luego, señalaremos qué rumbo tomaría en los asuntos internacionales un Estados Unidos gobernado por Hillary Clinton o por Donald Trump. Más aún, buscaremos analizar qué implicaciones tendría la elección de uno u otro candidato con respecto a las relaciones del hegemon hemisférico con América Latina.

Abstract

In November 2016, the United States chooses its 45th President. With the new administration, we shall expect a new seal in the foreign policy of the world hegemon. In this article, we aim to revise President Obama's legacy, putting a special emphasis on his foreign policy approach. After that, we will analyze what kind of a foreign policy we should expect in a United States ruled by Hillary Clinton, and how would be this same scenario if Donald Trump were to win the elections. Moreover, we will also focus on the implications that the election of either candidate would have with respect to the relationship between Washington and Latin America.

Palabras clave

Estados Unidos — Política Exterior —
Barack Obama — Hillary Clinton —
Donald Trump

Keywords

United States — Foreign Policy —
Barack Obama — Hillary Clinton —
Donald Trump

Introducción

En 2016, Estados Unidos elige a su presidente cuarenta y cinco. En la mayoría de los casos, los análisis especializados y notas periodísticas se han enfocado en los fenómenos locales y cómo ellos operaron en el transcurso de la carrera electoral. Del mismo modo, los artículos al respecto mayormente se han preocupado por las consecuencias que la victoria de uno u otro candidato tendrían en la política interna estadounidense. En consecuencia, luego de ocho años del gobierno del demócrata Barack Obama, es oportuno revisar los principales hitos de su presidencia, particularmente en materia de política exterior, para así poder delinear cuál ha sido el legado de su administración y, a partir de ello, cómo quedaría dibujado el panorama posterior a la elección presidencial de este año.

Con dicho objetivo en mente, este artículo se estructura de la siguiente manera:

En el primer apartado, se repasa la trayectoria de las primarias, para así llegar a la nominación de los dos principales contendientes para llegar al Salón Oval de la Casa Blanca: Hillary R. Clinton, por el Partido Demócrata, y Donald J. Trump, por el Partido Republicano.

Luego, el segundo apartado se encarga de revisar los ocho años de la gestión Obama, discutiendo sus principales éxitos y fracasos en política externa.

El tercer apartado propone analizar el panorama de un Estados Unidos gobernado por Hillary Clinton, analizando las facetas continuistas de la candidata demócrata con su antecesor, pero también los escenarios en que el liderazgo de Hillary diferiría del actual gobierno de Obama.

El cuarto apartado realiza este mismo ejercicio, pero en el caso de que Donald Trump resultase electo. Allí, se analizan las propuestas de política exterior que el candidato republicano ha prometido llevar a cabo en caso de llegar a la Casa Blanca y sus potenciales consecuencias respecto a los principales aliados de Estados Unidos en Europa Occidental y Asia Pacífico.

El quinto apartado se encarga de examinar el panorama futuro para nuestra región —América Latina— con la nueva administración estadounidense, tanto para el caso de Clinton como el de Trump. En este espacio, se analizan potenciales puntos de encuentro y de discordia en ambos escenarios, y qué debiera esperar la región de parte del hegemon.

Por último, el sexto apartado ofrece las principales conclusiones del artículo y realiza un balance de las ideas aquí expuestas.

El camino hacia la nominación de Hillary Clinton y Donald Trump

Luego de muchos meses de campaña y de que todos los estados hayan elegido a sus precandidatos a la presidencia, tenemos un panorama en el que se enfrentan un Partido Demócrata representado por Hillary Clinton y Donald

Trump portando el estandarte del candidato del Partido Republicano. En el camino han quedado importantes candidatos republicanos como Marco Rubio, Ted Cruz y “Jeb” Bush (este último, hermano e hijo de ex-presidentes). Además, es importante resaltar la *performance* electoral de un candidato demócrata que ha ganado las primarias en 22 estados y ha captado la mayor parte de los votos en los estratos más jóvenes de votantes: Bernie Sanders.

La emergencia y el gran poder de convocatoria de candidatos como Trump y Sanders nos invita a repensar consensos dentro de los dos principales partidos políticos estadounidenses. Por un lado, Sanders planteó una serie de demandas insatisfechas del electorado demócrata (como una cobertura de salud pública o la gratuidad de la universidades y *colleges* públicos), y sentó, además, una fuerte base electoral de centro-izquierda (especialmente entre los votantes menores de 45 años) que continuarán planteando esta agenda de carácter progresista al Partido Demócrata (Reich, 2016). Por el otro lado, Donald Trump canalizó fuertes demandas acerca de la protección del empleo nacional por sobre un Estados Unidos que está siendo percibido como “demasiado” abierto al comercio y en el que la industria nacional pierde espacios frente a la competencia de productos importados de menor coste (particularmente, desde China). Además, Trump supo expresar un descontento no poco común entre ciertos sectores estadounidenses respecto al problema de los más de once millones de indocumentados que habitan los Estados Unidos y acerca de la necesidad de controlar la inmigración ilegal en el país.

Entonces, hemos podido observar, a lo largo de toda la contienda electoral, el surgimiento de candidatos *outsiders* a los tradicionales partidos estadounidenses: por un lado, un empresario como Trump que nunca había tenido cargos políticos, y, por el otro lado, un senador independiente como Sanders que decide competir dentro del Partido Demócrata pero realizando fuertes críticas hacia el interior del partido.

Aunque por regla general —siguiendo a las principales teorías de Opinión Pública— hubiésemos esperado, que el discurso de los dos principales contendientes (Clinton y Trump) se moderase en las primarias de julio pasado (para así captar lo que en la Ciencia Política se denomina el “votante mediano”) Hillary ha tenido que adoptar una postura más progresista para así poder captar al electorado de Sanders que, de otro modo, no iría a votar dado que el voto en Estados Unidos es voluntario. Por su parte, Donald Trump también tuvo más incentivos para correrse hacia el eje conservador, como una forma de mostrarse como un verdadero candidato Republicano y asegurarse así el apoyo del *establishment* del partido que desconfiaba bastante de él y no lo consideraba lo suficientemente conservador.

Cabe resaltar que la base electoral de Estados Unidos ha estado modificándose de manera dramática en los últimos lustros: recientes estudios arrojan que el actual electorado estadounidense es el más diverso de la historia del país (Pew Research Center, 2016). En este asunto, es importante preguntarse cuán fielmente los dos principales partidos reflejan esta base demográfica. Aquí podemos señalar que el Partido Republicano apunta a una base más estrecha de electores, mientras que el Partido Demócrata apela a un electorado más diverso (incluyendo demandas de las minorías hispanas, afroamericanas y de las mujeres). Esta tendencia hacia una mayor diversidad en términos de composición del electorado se irá intensificando durante las

próximas décadas, y es una deuda que los Republicanos tendrán que repensar en los años venideros para no perder intención de voto de manera sistemática a futuro.

El legado de Obama en política exterior

Al final del segundo mandato de George W. Bush, el caos financiero producto de la crisis de los *subprimes* en Estados Unidos, que derivó en una gran recesión a nivel internacional (cuyos coletazos siguen sintiéndose aún hoy), detuvo la locomotora estadounidense. Por lo tanto, uno de los principales elementos de los debates en la campaña presidencial de 2008 fue la revitalización económica. A ello hay que sumarle que el *overstretching* imperial le había costado muy caro a un Estados Unidos cuyas cuentas y credibilidad distaban mucho de la situación a principios del siglo XXI, antes del 11-S (Weisberg, 2008).

La política exterior de Barack Obama tuvo que ser muy pragmática; y si bien retomó muchas máximas de sus predecesores, desde sus inicios apostó por un conjunto de innovaciones a largo plazo (Corigliano, 2008). Frente a la coyuntura heredada, al principio de la era Obama se pudo percibir una fibra Jeffersoniana que recuerda al moralismo de Jimmy Carter (Mead, 2010). Para ambos, la expansión en demasía de los Estados Unidos en el plano exterior tenía un impacto negativo en la calidad democrática doméstica. Por esta razón, Estados Unidos debería influir en el resto del mundo no desplegando su poder, sino liderando con el ejemplo (esto es, que la prioridad sea “tener la casa ordenada” antes de dirigirse hacia afuera). En este sentido, Obama comprendía que estaba liderando un Estados Unidos en un contexto post-hegemónico y de transición (Ezcurra, 2013).

En consecuencia, a pesar de cierta faceta Wilsoniana que llevó a Obama a dar una especial importancia a la promoción de la democracia y los Derechos Humanos durante sus dos mandatos; se expresa una convicción de que, en ciertas ocasiones y con los incentivos adecuados, incluso los regímenes autoritarios pueden ser actores disciplinados en el sistema internacional (Mead, 2010). Pues, para Obama, el tiempo de la primacía estadounidense había llegado a su fin y era hora de construir consensos tanto a nivel interno como internacional (Corigliano, 2014). Como dejó en claro en su discurso en West Point, el hecho de que Estados Unidos recurra al plano multilateral no es señal de debilidad e inocencia, sino liderazgo y prudencia (Obama, 2014). La búsqueda de diálogo permanente con China, las negociaciones por el programa nuclear iraní, la salida mancomunada de la gran recesión a través del G20 y el deshielo con Cuba fueron ejemplos clave en este sentido.

Por otra parte, en aquellos escenarios donde la intervención de Estados Unidos fue menos eludible Obama prefirió optar por operaciones especiales, de índole breve, reducida y quirúrgica. Los “drones” fueron para Obama lo que las armas nucleares para Eisenhower siete décadas atrás: una notable forma de mantener la capacidad de respuesta de Estados Unidos en el extranjero, minimizando los costos económicos y humanos. En el plano militar, Obama privilegió una estrategia de *leading from behind*, como, por ejemplo, durante la intervención en Libia (Giorgis, 2014) —donde la articulación fue estadounidense pero el liderazgo oficial recayó en los europeos—, o sus grandes promesas iniciales de retirarse de Iraq y Afganistán (con plazos precisos y ambiciosos, por cierto) que guardan semejanza con la

“retirada honorable” que buscó la vietnamización de Nixon. En última instancia, hubo ciertas excepciones, como la operación de asesinato a Osama Bin Laden en mayo de 2011 o el despliegue aéreo sobre Siria para combatir a los cabecillas del Estado Islámico.

Concluyendo, el balance de la gestión exterior de la administración Obama al intrincado panorama mundial ha sido recurrir a la intervención multilateral cuando fuera posible, y a la acción unilateral cuando fuera necesario (Stacey, 2016). Así, los Estados Unidos actuaron en política exterior como un *offshore balancer* que interviene en los asuntos internacionales siguiendo una lógica de “globalismo selectivo” en los ámbitos regionales sólo cuando el orden internacional, delegado parcialmente en los actores zonales, se vea en serios aprietos y comprometan la estabilidad general y los intereses norteamericanos (Ezcurra, 2013).

La opción continuista: Hillary Clinton

Las tendencias de las encuestas vienen indicando que Hillary Clinton es la candidata favorita en las elecciones del 8 de noviembre, siguiendo las tendencias de la mayoría de las encuestas realizadas desde la nominación de ambos candidatos¹⁷. Por su formación (Wellesley College y Yale) y trayectoria (habiendo sido Senadora por Nueva York y Secretaria de Estado durante el primer mandato de Obama, es hasta la fecha la única primera dama que ha ostentado un cargo público) supo mostrarse como una candidata sólida y astuta durante las primarias. A la vez, su currículum la ha convertido en blanco fácil para un discurso republicano centrado en el recambio.

A pesar de que en cierto modo Clinton proviene de la administración Obama, su llegada a la Casa Blanca marcaría algunos cambios en la política exterior de los Estados Unidos. Si en los últimos ocho años el gobierno estuvo conformado por una nueva generación de jóvenes funcionarios con ideas novedosas y poca inercia burocrática, con el deliberado propósito de renovar y flexibilizar la política pública (los denominados *Obamians*), el equipo de Clinton se parecería mucho más al que su esposo Bill puso a cargo durante la década de los noventa. Así, en cierto sentido, una nueva administración demócrata tendría un talante un tanto más conservador —de hecho, el tándem Obama-Clinton ha llegado a ser caracterizado como un “equipo de rivales” (Mann, 2012).

¿Qué cambios concretos se esperarían de la administración Clinton? Es posible caracterizar, *grosso modo*, a la candidata demócrata como una Hamiltoniana (Mead, 2014). Como tal, su política exterior respondería a compromisos limitados con el frente externo, principalmente a través de alianzas circunstanciales. Dotada de un visible pragmatismo, fue la primera Secretaria de Estado que explícitamente orientó su gestión en torno al *smart power* —esto es, una combinación estratégica de la fuerza y la diplomacia, con atención a la persuasión y legitimidad (Calabresi, 2011).

Consecuentemente, la política exterior bajo un gobierno de Hillary Clinton reconocería que los crecientes desafíos y conflictos mundiales requieren un

¹⁷En efecto, el sitio FiveThirtyEight, que nuclea las principales encuestas realizadas en el país y, a partir de esos datos, calcula la probabilidad de ganar de cada uno de los candidatos, ha venido sugiriendo sostenidamente a Clinton como la favorita desde finales de julio, al cerrar las primarias. Para más información, consultar el sitio: <http://fivethirtyeight.com/>

mayor liderazgo estadounidense y no una postura aislacionista. En las áreas donde la excesiva prudencia de Obama no ha sabido brindar una respuesta adecuada, Hillary Clinton podría tener una postura más activista. Por ejemplo, esta nueva administración demócrata probablemente confrontaría el creciente avance ruso con un fortalecimiento de la Unión Europea, colocando un mayor número de tropas aliadas en la frontera de Europa del Este. En cuanto al conflicto sirio, Hillary favorece la creación de una zona de exclusión (*no-fly zone*) y un espacio seguro para refugiados. En este proyecto, Clinton realizaría una “distribución de tareas” en la que la OTAN se encargaría de controlar el espacio aéreo de la región, Turquía de enviar tropas, la Unión Europea de vigilar los campos de refugiados, y la ONU de monitorear los canales diplomáticos del conflicto sirio (Stacey, 2016).

Bajo esta lupa, el plano económico-comercial sería privilegiado por Clinton. Una de sus líneas de política exterior más fuertes ha sido la de las relaciones bilaterales con China: se ha apostado a la construcción de un balance de poder en Asia-Pacífico, bajo la premisa realista de que ambas potencias están interesadas tanto en estrechar los lazos económicos como en evitar una confrontación a gran escala (Mead, 2014).

Finalmente, otra propuesta característica de la plataforma de la candidata demócrata es la importancia que le otorga a la sociedad civil y actores no-estatales en el terreno de las relaciones exteriores. El fortalecimiento de la mujer y de los movimientos sociales es una interesante reedición de la *transformational diplomacy* de la Secretaria Rice (Vaisse, 2007). Si bien Libia fue un caso fallido para Clinton, esta propuesta fue exitosa en el caso de Myanmar.

La opción rupturista: Donald Trump

A pesar de su encendida retórica y sus propuestas impetuosas, el candidato que había comenzado en la carrera republicana como un *outsider* y que era tomado en los medios de comunicación como una broma pudo sostener una alternativa atractiva para gran parte del electorado norteamericano. Ello se debe a que, en el fondo, la figura de Trump refleja en muy buena medida —si bien de manera exótica— el descontento e impotencia que muchos estadounidenses sienten. El millonario tildó al *establishment* político de distante y poco genuino para con el ciudadano promedio. Como contrapartida, a la vez que ofrecía soluciones simples a grandes problemas, supo posicionarse como un referente exitoso del “sueño americano”, al cual muchos votantes ven como una promesa incumplida por parte del gobierno.

Las formulaciones de política exterior que expresa Trump son, por momentos, contradictorias. Por un lado, promete reducir la injerencia estadounidense en conflictos internacionales pero, por el otro lado, quiere mantener el rol de Estados Unidos como garante del orden internacional (Stacey, 2016). En virtud de ello, Trump ha prometido restaurar la paz mundial, eliminar al Estado Islámico, y contener al Islam radicalizado. Es difícil conciliar estos objetivos con la búsqueda de una política menos intervencionista, como la que ha abogado en su discurso *America First* sobre política exterior, asegurando que bajo su gobierno Estados Unidos dejaría de someter a su pueblo a las falsas promesas del globalismo (The Dialogue, 2016).

Es interesante notar que a lo largo de su campaña Trump ha criticado abiertamente a los aliados de Washington (países de Europa, Japón y Corea

del Sur), demandándoles una mayor contribución (en dinero y en tropas) al esfuerzo militar que hace Estados Unidos como parte de la alianza. Es más, ha llegado incluso a amenazar con salirse de la OTAN si el resto de los países miembros no “pagan su parte” (su *fair share*) del gasto y esfuerzo militares. En cambio, Trump pareciera ser menos exigente con los poderes contrincantes (como Rusia y China), según reflejan sus discursos despreocupados respecto del régimen de no proliferación o del avance de Putin en Europa del Este y Oriente Próximo.

Este diagnóstico toma mejor forma si consideramos a Trump en el terreno de la política exterior como un Jacksoniano. Su desconfianza en un gobierno federal demasiado grande y elucubrado, combinada con su máxima de que el orgullo norteamericano ha sido mancillado, invitan a creer que si ocupara la Casa Blanca no estaría muy cómodo con las tensiones y complejidades propias del sistema internacional. Por el contrario, su diplomacia sería más bien de un tipo expeditivo y lineal cuyo principal instrumento sería la recurrencia al poder militar cuando fuere estrictamente necesario. Después de todo, a pesar de que esta línea de política exterior ha sido la más criticada en el extranjero, en un mundo con tanta incertidumbre como el actual muchos norteamericanos acuden nuevamente a plataformas más tradicionales que prometen “devolverles” el Estados Unidos que les fue “robado” (Mead, 2000).

Reflexiones para América Latina

La gestión de Obama ha intentado reactivar los vínculos de Estados Unidos con América Latina y revertir la deteriorada imagen estadounidense en la región luego de un período de relativo distanciamiento geopolítico de su tradicional esfera de influencia (o “patio trasero”) y de un conjunto de países que, gracias al pasado incremento del precio internacional de la soja, petróleo y otros *commodities* pudo jugar un poco con otros grandes poderes, como China y Rusia (Corigliano, 2015). Esta estrategia de reacercamiento se vio plasmada en los comienzos del camino hacia la normalización del vínculo con Cuba, que es un guiño a una tradicional demanda latinoamericana hacia el gobierno norteamericano, y en la reciente abstención de la delegación estadounidense respecto a la votación sobre el embargo a Cuba en la Asamblea General de la ONU (luego de haber votado en contra de manera sistemática durante todos estos años).

La retórica de Trump amenaza con tirar por la borda estos avances en las relaciones hemisféricas. Para empezar, tenemos la promesa del candidato republicano de acabar con la inmigración ilegal de hispanos hacia los Estados Unidos y, con este propósito, de construir un muro en la frontera con México. Trump también ha prometido terminar con el derecho a ciudadanía por nacimiento, señalando esta política como la vía efectiva para acabar con los “bebés anclas” que, según su postura, terminan legitimando a familias de inmigrantes indocumentados. Esta política, de concretarse, daría un giro copernicano a los esfuerzos realizados durante la administración de Obama por regularizar la situación de los millones de inmigrantes indocumentados en el país (como por ejemplo la *DREAM Act*, ley mediante la cual los inmigrantes que hubieren llegado a los Estados Unidos siendo menores de edad podrían obtener la ciudadanía americana y regularizar su situación).

Además, este discurso confrontativo daría marcha atrás a todo el empeño de la era Obama de expandir y profundizar los vínculos con América Latina a

través de medidas de *soft power*, especialmente a través de la promoción de importantes proyectos de intercambios estudiantiles y científicos (como la iniciativa *One Hundred Thousand Strong for the Americas*). Al hablar de muros y recurrir a un sentimiento anti-inmigración y algo xenófobo, Trump echa por tierra todo avance hecho en términos de diplomacia pública por acercar al resto del continente hacia los Estados Unidos.

Asimismo, Trump prometió rever el acuerdo del NAFTA, argumentando que es un instrumento de México para generar superávit comercial a costa de la pérdida de empleo estadounidense. En esta línea, ha criticado duramente a las empresas estadounidenses que han trasladado sus operaciones a México, sosteniendo que impondría sobre ellas fuertes tarifas. Donald Trump también se ha mostrado muy crítico del Acuerdo Transpacífico¹⁸ (TPP): si el multimillonario avanzase con su promesa de modificar los términos de estos acuerdos, estaría poniendo en jaque uno de los pilares centrales sobre los que se asienta la relación de Estados Unidos con el resto del hemisferio: el libre comercio y la cooperación económica.

En el extremo opuesto, Clinton aboga por una reforma comprehensiva del sistema inmigratorio, intentando normalizar la situación de aquellos que habitan en los Estados Unidos de manera irregular mediante una vía hacia la obtención de la ciudadanía. Más aún, Hillary ha defendido el rol de la comunidad hispana en los Estados Unidos, llegando a señalarla como uno de los *backbones* de la sociedad estadounidense (en este punto, incluso sus piezas de propaganda suelen difundirse también en idioma español). En esta línea, es esperable que Hillary Clinton, de ser electa, continúe con las políticas de la era Obama destinadas a mejorar las relaciones hemisféricas, y que realice mayores esfuerzos por reformar el sistema migratorio estadounidense y apunte a mejorar la situación de los “sin papeles”.

En cuanto al NAFTA, Clinton solía tener una postura favorable al acuerdo, pero luego de competir con Sanders en las primarias (un fuerte detractor de este tratado), ha hecho lugar a algunas críticas y aceptado que la convergencia económica de América del Norte ha beneficiado a algunos sectores estadounidenses pero dañado significativamente a otros.

Sobre el TPP, la historia es similar. Si bien la ex-Secretaria de Estado apoyó el acuerdo en su momento, ahora reconoce ciertas problemáticas y plantea la necesidad de rever algunos puntos del acuerdo para realizar ciertas modificaciones centrales (como el establecimiento de estándares más duros respecto de las reglas del “origen de procedencia”) que han perjudicado a cierto sector de la economía estadounidense, especialmente en la industria de producción de automóviles (Phillip, 2016).

Conclusiones

En síntesis, el resultado de la actual contienda electoral en los Estados Unidos conllevará importantes cambios en la agenda de política exterior estadounidense y, especialmente, en las relaciones de este país con América Latina.

¹⁸Tratado de Libre Comercio que apunta a liberalizar el comercio entre países de la Cuenca del Pacífico (Estados Unidos, Canadá, Japón, Vietnam, Brunei, Singapur, Malasia, Australia, Nueva Zelanda, México, Colombia, Perú y Chile).

Acerca del rol de Estados Unidos en el sistema internacional en su conjunto, hemos señalado que Clinton propone un mayor liderazgo norteamericano (contra cierta medida expresada en la gestión Obama) y una mayor concertación de acciones multilaterales. En cambio, Trump se inclina hacia un mayor aislacionismo estadounidense respecto de los principales conflictos y una demanda de mayor compromiso por parte de los principales aliados del país.

En el plano regional, mientras que la elección de Hillary Clinton implicaría una continuidad en el esfuerzo por mejorar las relaciones con los estados latinoamericanos, una presidencia de Donald Trump probablemente conlleve un alto nivel no tanto de abierta confrontación sino de falta de relevancia de la región en la agenda exterior norteamericana.

Tendremos que estar atentos al rumbo que deparará la nueva administración de Estados Unidos, y dedicar una especial atención a los primeros 100 días de la nueva presidencia, ya que este es el período de “luna de miel” en el que los primeros mandatarios pasan las legislaciones clave y toman las decisiones que serán el sello de su gobierno. De este modo, podremos dibujar un panorama más acabado acerca del próximo escenario mundial y, en particular, del futuro próximo de las relaciones hemisféricas con un nuevo residente en la Casa Blanca.

Bibliografía

CALABRESI, Massimo (2011). “Hillary Clinton and the Rise of Smart Power”, en *TIME*, 07 de noviembre de 2011, pp. 26-31. Disponible en: <http://content.time.com/time/magazine/article/0,9171,2097973,00.html> (último acceso el 5 de junio de 2016).

CORIGLIANO, Francisco (2008). “Estados Unidos y sus opciones de política exterior”, en *Criterio*, N° 2344, Buenos Aires, Diciembre, pp. 720-725.

— (2014). “Obama y el sello realista en política exterior”, en *Bastión Digital*, 02 de junio de 2014. Disponible en: <http://ar.bastiondigital.com/notas/obama-y-el-sello-realista-en-pol%C3%ADtica-exterior> (último acceso el 19 de octubre de 2016).

— (2015), “El nuevo diálogo con Cuba: realismo político y regreso “al patio trasero””. Disponible en: http://udesa.vps31.syncromind.com/revista/detalle/10_3451_Francisco-Corigliano-El-nuevo-dialogo-con-Cuba-realismo-politico-y-regreso-al-patio-trasero (último acceso 29 de septiembre de 2016).

EZCURRA, Ana María (2013). *La era Obama. Estrategia de seguridad y política exterior*. Sáenz Peña: Universidad Nacional de Tres de Febrero.

GIORGIS, Emiliano (2014). “Liderar desde atrás”, en *Revista Periscopio*, edición virtual 2014. Disponible en: <http://www.actualizarmiweb.com/sites/revistaperiscopio-com-ar/index.php?IDM=11&IDN=103> (último acceso el 19 de octubre de 2016).

MANN, James (2012). *The Obamians: The Struggle Inside the White House to Redefine American Power*. New York: Penguin Group.

MEAD, Walter Russell (2000). “The Jacksonian Tradition”, en *National Interest*, N° 58, Winter 1999/2000, pp. 5-29.

— (2010). “The Carter Syndrome”, en *Foreign Policy*, January/February, pp. 58-64.

- (2014). “Was Hillary Clinton a good Secretary of State?”, en *The Washington Post*, 30 de mayo de 2014. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/opinions/was-hillary-clinton-a-good-secretary-of-state/2014/05/30/16daf9c0-e5d4-11e3-a86b-362fd5443d19_story.html (último acceso el 12 de octubre de 2016).
- OBAMA, Barack (2014). *Transcript of President Obama’s Commencement Address at West Point*. *New York Times*, publicado el 28 de mayo de 2014. Disponible en: http://www.nytimes.com/2014/05/29/us/politics/transcript-of-president-obamas-commencement-address-at-west-point.html?_r=0 (último acceso el 15 de octubre de 2016).
- PEW RESEARCH CENTER (2016). *2016 electorate will be the most diverse in U.S. history*, 3 de febrero de 2016. Disponible en: <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2016/02/03/2016-electorate-will-be-the-most-diverse-in-u-s-history/> (último acceso el 12 de octubre de 2016).
- PHILLIP, Abby (2016). “In Ohio, Hillary Clinton strengthens opposition to Trans-Pacific Partnership”, en *The Washington Post*, 12 de marzo de 2016. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/post-politics/wp/2016/03/12/in-ohio-hillary-clinton-will-voice-support-for-tougher-trade-rules/> (último acceso 25 de septiembre de 2016).
- REICH, Robert (2016). “Bernie Sanders proved politicians can make it this far without selling their souls”, en *The Guardian*, 9 de junio de 2016. Disponible en: http://www.theguardian.com/commentisfree/2016/jun/09/bernie-sanders-progressive-agenda-us-politics-primary-campaign?CMP=share_btn_link (último acceso el 9 de octubre de 2016).
- STACEY, Jeffrey (2016). “The Hillary Clinton Doctrine”, en *Foreign Affairs*, 17 de mayo de 2016. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/2016-05-17/hillary-clinton-doctrine> (último acceso el 5 de octubre de 2016).
- THE DIALOGUE (2016). “What Would a Trump Presidency Mean for Latin America?”, 18 de septiembre de 2016. Disponible en: <http://www.thedialogue.org/resources/what-would-a-trump-presidency-mean-for-latin-america/> (último acceso el 23 de septiembre de 2016).
- VAISSE, Justin (2007). “Remarks on Transformational Diplomacy”, en *Transformational diplomacy*, Institute for Security Studies, pp. 47-59.
- WEISBERG, Jacob (2008). *The Bush Tragedy*. New York: Random House.